

*tremos te dejas llevar? Tú eras Edipo, con toda tu presencia, asombrosa y fuerte. Eras Tú, y nadie más que Tú conoció el acto; nadie más, Edipo. Esta ira es sólo tu ira.*

\* \* \*

*Contemplar el cielo y el mar. Viajes. En aquel tiempo andaba libremente. Ante mí se perfilaba el deseo. Deseo que tal vez fuera un Todo.*

*Encaramados en las colinas había pueblecitos, caminos, olivares. Un caminante. Una sombra recortándose sobre el muro de un templo rústico. Aquella sombra eras tú. En aquel tiempo había una pregunta para cada cosa. Para el pueblo y la colina, para el sendero y el olivar, para el caminante y para la sombra, para la sombra que eras tú. También había respuestas: un derroche de respuestas, un vendaval de respuestas, a todo viento, a toda lluvia. El caminante se detenía para preguntar. «¿Quién eres, viajero? ¿Adónde vas? ¿Cuál es tu patria? ¿Cuál es tu nombre y el de tu patria?» Y a veces, al caer la noche, en el silencio de una agradable hospitalidad: «¿Cuál es tu deseo?» Para todo había una respuesta: para el pueblo y para el camino, para el caminante, para la sombra en el muro del templo rústico; respuestas que eran risas...*

*Entonces habló la Esfinge.*

*¿Cómo olvidarlo? ¿Cómo tratar de olvidar el olvido del oráculo? En adelante estaba la Esfinge. La Esfinge. Me acuerdo...*

*Aquella mañana. Recostado en el tronco de un árbol. Contemplando perdidamente la subida de la luz. Sin alteración y sin ruptura. Yo. El árbol. La luz. Nada delante. Nada detrás. Sobre todo, nada detrás. Presencia. Unidad. El árbol, yo, la luz. En la pendiente, un campo quemado, arrancados los rastrojos a la sequedad de la tierra. Un grillo. Tal vez dos. O millares. El chirriar agudo en el resplandor. Insecto y luz. Sin fin. Para siempre. Nada más. Y la fuerza de la sequía. Y el árbol detrás de mí. Nada más. El árbol y Edipo...*

*Por vez primera el nombre evoca en ti el recuerdo de la luz. De la luz sobre el muro brotando del chirrido de un insecto, en la pendiente del campo calcinado y reseco.*

*¿Qué luz es ésa, Edipo?*

*¡Atrás no hay nada. Nada. Nada. Sólo el árbol!*

*Fue entonces, al entornar los párpados ardientes, cuando vi al muchacho. Desnudo casi, a orillas de la sombra. Sus ojos. Sus dientes. Sin decir nada. No podía decir nada. No tenía nada que decir: estaba contemplando a Edipo.*

No me moví. Permanecíamos unidos por la fuerza de la mirada. Mirando lo admirable: Edipo, el muchacho. No existía nada más.

De pronto, la luz le dio de lleno en el rostro y se me acercó. Perseguido por la luz. Se acercó más y más, hasta rozarme, hasta que la luz barrera de mi rostro las tinieblas. Extendió el brazo y dijo duramente:

«Nadie puede responder a la Esfinge. Todo lo va a devorar.

Está ahí.»

Y apuntaba la llanura, la llanura de donde brotaba la luz.

\* \* \*

Todo era posible en aquel tiempo.

Cuando yo era yo.

\* \* \*

Era un bicho más bien pequeño. Acurrucado junto a un seto de adelfas. Mirando la lejanía, más allá del camino. Le di golpecitos en el hombro con la punta de la vara para darme a conocer. Ni siquiera alzó la cabeza. Sólo se le veían los ojos: redondos, turbios, enormes. De cuando en cuando sobre los labios reseco se pasaba la punta de la lengua rosada. Hablaba con voz lenta, monótona, vacilante. Anocheceía. Muy pronto todo estuvo terminado.

\* \* \*

Aún siento aquella repugnancia. Un líquido pegajoso y blanquecino me había salpicado y me alejé para lavarme en una fuente que corría un poco más arriba, junto al camino. Hacía un calor atroz. Ya era de noche. Me tendí junto al manantial y soñé que alguien se reía, se reía desafortunadamente detrás de mí. Me era imposible adueñarme de aquella risa. No había más que aquella risa y un resplandor extraño, como el de una antorcha luciendo en la oscuridad de un santuario.

A la mañana me despertó un campesino que pasaba por allí. Me preguntó si sabía y le dije que sí. También me preguntó si era yo. Y se fue apresuradamente hacia la ciudad.

Regresé allá, a ver. No se le veía la cabeza, escondida en las adelfas, pero sí las patas, rígidas, apuntando al cielo, y la huella de las garras en la arena. Me sorprendió de veras el no experimentar ninguna clase de alegría ni de deseo. Todo estaba en calma. Como de costumbre. ¡Y yo, que hasta el día anterior no había vivido más que con aquel resplandor, eché a caminar por los senderos polvorientos!

*Ahora ya lo sé todo y brota en mí como un amor (¿será verdaderamente amor?) por el bicho. No puede ser piedad.*

\* \* \*

*Si Antígona insiste tanto en que tenemos que marcharnos es que se habrá enterado de algo. He pensado preguntar por el mensajero, pues estoy seguro de que ha venido. Pero prefiero conservar mis ilusiones, medidas por los vientos marinos.*

*Hemos tenido que marcharnos. Ismena envió un mensaje: Creón me anda buscando. Ya se ha enterado de lo del oráculo.*

*Ya nada podrá venir a interponerse. ¡Qué fastidio!*

\* \* \*

*Caminamos.*

\* \* \*

*Nos hemos cruzado con unos labriegos. Nos obsequiaron con miel y vino. Con ellos venía un muchacho que tocaba la flauta. Quise alargar la mano hacia él, pero Antígona me la apartó.*

\* \* \*

*Seguimos caminando.*

\* \* \*

*Viene gente. Jurando a gritos. Antígona los escucha (o hace como que escucha). Algunos están a pocos pasos de mí. No distingo sus palabras. Las conozco. Conozco todas las palabras, todas las preguntas, todas las respuestas. Son siempre las mismas. Sus voces me señalan el camino. Surgen del olvido y a él regresan. Antígona finge contestarles. ¿Qué les dirá?*

*Un día, a la salida de Tebas, se acercaron unos ancianos. «Edipo, te compadecemos.» Tuve ganas de tirarles piedras. A veces, al llegar a una aldea, viene un mensajero a nuestro encuentro a pedir que nos alejemos. En otros sitios toman aparte a Antígona y le preguntan: «Y ahora, ¿qué?»*

*Ya no los oigo. Antígona sigue rehusando el juego. Antígona no dice nunca nada. Nunca se queja. A veces, durante las noches, me despierto a gritos. La oigo revolverse en el lecho con impaciencia. Pero sin decir nada. Nunca.*

\* \* \*

No sé ni dónde estamos.

No quiero preguntar. Además, todo me es igual.

Por el camino, ya cruzamos menos gente. Se contentan con hacer el saludo ritual.

\* \* \*

Descansar. Sumir el rostro en el polvo. No esperar nada. Ser eso que se espera a sí mismo. Ese algo que sigue existiendo y que carece de importancia.

\* \* \*

Rechazo el pasado, pero ¿cómo rechazarlo si hay que ir hacia él?

No doy ningún sentido a mi marcha. Antígona me conduce. Aunque no conoce la meta, tal vez sepa quién la conduce a ella. Se resigna. No cesa de resignarse. Su aliento, a mi lado, es un «sí» constante. Y yo tengo que ser la fuerza de este «sí». Apenas salimos de Tebas cuando un deseo brotó en mí. Bastaba que Antígona fuera lo que podíamos ser, que Antígona dijera que no. Que no hubiera ya ni Edipo ni Antígona. Sólo una mirada mía en la nitidez de la muchacha.

\* \* \*

Prefiere resignarse. Yo, no. Yo, no me conformo.

Soy la noche que avanza detrás de Antígona.

\* \* \*

Descansamos junto a una fuente. Antígona me ha dejado solo un momento y oigo que se me acerca un muchacho. Lo siento avanzar, pararse, mirarme.

«Soy Edipo.»

«Y yo, Eupáminos.»

«¿Qué estás haciendo?»

«Voy cuidando del rebaño. ¿Y tú?»

«Yo, voy caminando.»

«¿Adónde vas?»

«Adonde me lleven los dioses.»

Se acerca más, aún más; de pronto siento el contacto de sus labios sobre mi mano y lo oigo que sale corriendo.

Recuerdo al otro muchacho que aquella mañana señalaba tembloroso lo que había de ser este camino.

\* \* \*

*Cuando Eteocles y Polinicio se hayan herido de muerte en su estúpido combate, la gente dirá: «Edipo lo quiso». Pues sepan que Edipo no quería nada, que Edipo no podía ya nada, que Edipo estaba muerto, devorado por la Esfinge.*

*A Eteocles y Polinicio ni los amo ni los odio. Ni a Creón ni a Tebas, que me es indiferente. Lo que tiene que ocurrir me da bastío, y sólo aspiro al reposo con la faz en el polvo del camino.*

*Entonces tal vez haya un Dios que me llame y me diga: «Edipo, levanta». Y si es preciso que Edipo se levante, Edipo se levantará. Tal vez sea necesario, y si lo es, Edipo no se negará a ello. No podía negarse. Así que ya no hay Edipo, como ya no lo había para subir al trono de Tebas. Ya estaba todo dispuesto para que los números cayeran ordenados en torno a mi nombre.*

*¿Fuiste alguna vez Edipo? Entonces creías que sí, cuando huiste de tu patria en busca de tu deseo. Deseo ignorado. Deseo batido por los días y las noches con ademán de remeros que levantan los mares junto al horizonte esquivo.*

*Lo que no había de producirse.*

\* \* \*

*¿Será posible tener fe sin preguntar el significado?*

*Yo la tengo, Antígona; pero hasta el final también tendré esperanza.*

\* \* \*

*Tan insoportable es que compadezcan a Edipo, como que lo tengan por responsable. Lo que soy, cada cual ha de serlo a su modo. Por suerte. O mala suerte.*

*Sin embargo, yo no me resigno totalmente. Sigo esperando el accidente de última hora. Entonces sí que nada tendrá sentido y debo confesar que tal desbarajuste me encanta...*

*De no quitarme la vista, tal vez hubiera podido aún intervenir. Pero ¿en qué sentido? En adelante, cualquier intento podía caer en la trampa, y lo que tenía que ocurrir, ya no había forma de impedirlo.*

*Pero ¿y si las cosas no debieran de ocurrir? ¿Si, a pesar de mis ojos muertos, Antígona fuera ahora mi única fatalidad?*

\* \* \*

*Esta noche me he levantado con intención de huir. Iba ebrio de luz, inmerso en un gran resplandor. Al salir cuidé de no despertar a Antígona y empecé a subir la suave pendiente de la colina. Pronto*

tropecé con un seto de espinos, luego me di contra un árbol. Sentado a orillas de un arroyo que oía fluir quise beber, pero mis manos sólo encontraban la arena; mucho tiempo después encontraron, por fin, entre la grama, un hueco por donde corría el agua. Me incorporé, entré en el arroyo y me puse a seguir su corriente, en dirección del mar.

Avanzaba con gran dificultad, tropezando con las ramas y rasguñándome con las zarzas a cada paso. Iba pensando en el mar. Me agitaba una fiebre extraña. A mi alrededor, la noche menguaba sus violencias con largos silencios. Me detuve y del silencio brotó un grito, seguido de otro y de otro... La noche entera expulsaba sus gritos uno a uno, persiguiéndose, mezclándose, espantosos. Me eché a andar otra vez para acallarlos, pero continuaban, cada vez más violentos, cada vez más numerosos. Agité las piernas en el agua ruidosamente; di palmadas. La noche seguía arrojándose sobre mí. Sin tregua.

Entonces grité: «Antígona». Y Antígona vino a mi encuentro...

\* \* \*

Llevamos tres días caminando. Un hombre nos ha dado alcance: «Cuidate, Edipo». Huimos. La huida me produce una amarga alegría.

\* \* \*

Llegaremos pronto. Encaramada en lo alto de un cerro, Antígona ha gritado: «Se ve una ciudad». ¿Será ya Atenas? No quiero preguntar. Quiero ir hasta el final a tientas. Nadie estuvo nunca tan resignado con su destino ni tan seguro de él.

\* \* \*

Tiempo y horror. Concluida la jornada. Hay gente esperando para ver en qué termina todo esto. A nuestros pies: Atenas.

Atraído por mi nombre ha venido el rey de estas tierras. He tenido que hablar:

«He venido de lejos a traerte la ofrenda de mi cuerpo. De mi cuerpo, no; de mi cadáver. Tienes que encargarte de su custodia.»

«¿Qué es lo que temes?»

No podía contestarle: todo y nada.

Antígona irrumpió mientras conversábamos anunciando a Ismena. Detrás de ella viene Creón con una tropa armada para prenderme.

Ismena habla con voz doliente, como la de un herido. A ratos, un quejido ronco de Antígona. El rey me promete protección. Luego, Ismena cuenta de Tebas, de Creón, de mis hijos. ¿Cuándo terminaré de una vez con toda esta familia?

No escucho lo que dice, atento a cierta calidad del aire que me era desconocida. Conservo aún la sensación de un ocaso encendido. Creo que la incoherencia de mis palabras disgusta a Ismena, irrita a Antígona. No he entendido nada de lo que decían. Cómo explicarles que todo transcurre tan lejos de mí. He venido aquí a morir. Para que cada cosa se cumpla. Lo que haya después me deja sin cuidado. No temo ninguna acusación: ¿Cómo acusar a lo inmóvil de que no lo sea?...

¡Quieran los dioses que todo acabe pronto! Estoy cansado de un juego del que conozco todas las suertes sin conocer su razón de ser.

\* \* \*

Ya sólo me toca esperar. Ismena y Antígona hablan en voz baja. La guardia vigila discretamente a nuestro alrededor. La gente nos trae regalos. Los árboles próximos están repletos de pájaros. En la cuenca del arroyo corre un agua clarísima. Los dioses reciben y aceptan los sacrificios. Edipo espera.

Me cuesta trabajo esbozar mi propio personaje, igual que el que traza surcos en la tierra dura con bueyes novatos que tiran nerviosos hacia los lados opuestos. Me olvido de mi personaje; luego me vuelve otra vez en mente. Ahora se trata únicamente de ti constantemente. ¡Actor, actor, actor!

¿Cuándo dará un dios inteligente el último golpe de este espectáculo, sólo aceptado por falta de empleo?

¡Familia mía, ya no tanto espantosa como grotesca y sórdida! ¡Todos acuden en torno a mí como si fuera propiedad suya! ¡Como si fuera algo para ellos, como si jamás les hubiera pertenecido! ¿Qué hay de común entre nosotros? ¡Estúpidos! ¡Cobardes! ¡Vuestra única pasión es la búsqueda metódica de la realización! ¿Cuál de vosotros será capaz de levantarse, recoger el puñal y la capa y, sin palabras, sin insultos, sin arrepentimiento y sin perdón, alejarse en el silencio de los días que se avecinan? Actores embrutecidos por el texto y las órdenes del coro, ¡vaciláis entre una mañana que termina y una tarde que cae!

Antígona. Antígona. Quise decirte, gritarte: «¡Vámonos, Antígona. Huyamos como traidores, como bandidos, hacia una tierra sin persecución, una tierra en que los mismos dioses nos ignoren, una tierra en que puedas contestar al que te pregunte mi nombre: 'Es quien es, y nada más; confórmate con esto, saqueador de razones'!»

Antígona. Antígona. ¿Por qué rechazaste mi silencio? ¿Por qué me opusiste obstinadamente esta ruta? ¿Qué razón, qué voluntad te empujaba? ¿Qué deseo o qué ausencia de deseo?

Eres la que eres. La que tienes que ser. La que has sido. Eso es